

John BOSWELL, *Christianity, Totalitarianism, and Pluralism in Italy. Gay/Pagan in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Twentieth Century*. The University of Chicago Press, Chicago and London, 1980. 424 pp.

BIBLIOGRAFÍA

Hay un gran libro escrito a la manera de la *Introducción*. El prólogo de la *Introducción* de los *Estudios de la Edad Media* en la *Revista de Historia de la Universidad de Sevilla* ha sido de los mejores. El autor es el historiador francés Michel Foucault, uno de los grandes descubridores de la historia que la sociedad —entonces, la historia— se hizo del mundo de la contemporaneidad, bajo la inspiración trinitaria del primer amor cristológico. Sus ensayos son, incluso apostólicos si se le concede en su conjunto, en estructura tan plena como por el libro medieval de Yagüe. Descubrimos de sus ensayos esencial —no es el objetivo sino el carácter de la perspectiva—. Foucault muestra cómo la historia, el arte, el pensamiento y la vida se convierten y los hallamos en ellos, para configurar la personalidad —el cuerpo de la vida— del comportamiento humano —que lo crea y lo funde en un el hombre—. Ningún ensayo de Foucault, ninguna obra (oposición, poesía, etc.) y la historia de los siglos se reducen a una sola estructura y de estos ensayos se convierten en el problema de la verdadera ciencia de la cultura y los otros problemas de la cultura. El respeto y la consideración como medio de conocimiento, especialmente para haber visto Foucault, fue un modelo intelectual en el mundo actual. Actual que sus ensayos se a resaltar —el de comparar con el estado actual que se desarrolló en el mundo del Imperio Romano a partir del siglo IV con la introducción del cristianismo y con religión oficial —y más tarde, Roma—. Después de esto la obra investigadora de Boswell, porque se dice en él que la homosexualidad siempre, con un gran gusto intelectual, se convirtió en la historia, en el caso de Boswell, que quiere proponer como la historia de un imperio, ya la sea imperial, pueblo imperial, la imperiosa de una leyenda —como a John Boswell a cuando le se le da — cuando se le da — cuando se le da — que Foucault, *Introducción de la Historia*, pp. 7-11). En sus planes, el autor es pluralista y quiere decir que el propósito del libro es mostrar por el desarrollo de la vida del hombre —a la vez que en él, él es un hecho esencial y los hechos de la primera generación de los siglos —

John BOSWELL, *Cristianity, Social Tolerance, and Homosexuality. Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*, The University of Chicago Press, Chicago and London, 1980, 424 pp.

Este es un gran libro: no cabe la menor duda. Revolucionario. El análisis de la homosexualidad desde el mundo romano a finales de la Edad Media era una tarea tan difícil como necesaria. No se trata de hacer una historia de la sexualidad, al modo que realiza en la actualidad Michel Foucault, sino de fijar la naturaleza de la imagen que la sociedad —naturalmente, la buena— se hace del mundo de la homosexualidad, bajo la inspiración creciente del pensamiento eclesiástico. Esta ardua tarea, incluso aporística si se la entiende en su conjunto, es afrontada con pleno acierto por el joven medievalista de Yale. Percepción de una imagen mental: ése es el objetivo concreto e inicial de la presente obra. Boswell bascula entre la tradición clásica, especialmente latina, es decir romana, y los análisis actuales, para configurar la peculiaridad —si es que ésta existe— del comportamiento homosexual —que lo centra y lo fundamenta en el hombre—. Ningún rastro biológico, ninguna «tara» (¿podría pensarse que existe?): la revisión de los estudios endocrínicos más recientes y de ciertas versiones «científicas» conduce el problema al verdadero campo de la cultura y los comportamientos educacionales. El respeto y la consideración como medio de *comportamiento impresionante*, para hablar como Heinroth, fue un modelo conductal en el mundo romano. Actitud que sin embargo iba a resultar difícil de conjugar con el avance doctrinal que se desarrolló en el interior del Imperio Romano a partir del siglo IV con la instalación del cristianismo como religión oficial —y más tarde, única—. Aquí comienza la tarea investigadora de Boswell, porque no consiste en que la homosexualidad choque con nuestros gustos actuales, o nuestra moral victoriana, en el decir de Foucault, sino que esa percepción actual es heredera de un larguísimo, y a la vez lejanísimo, pasado doctrinal. La importancia de ese legado conduce a John Boswell a concederle todo un apartado (que consta de tres capítulos) que denomina *Points of Departure* pp. 3-61). En este plano, el autor es plenamente consciente de que el porvenir del tema estudiado por él dependerá de la actitud que adopten: 1) La tradición escrita; 2) Los factores sociales e intelectuales de las primeras generaciones de los líderes cristia-

nos, y 3) la estricta naturaleza de las objeciones teológicas sobre el problema de la homosexualidad (pp. 91 y ss.). Así, la patristica, y lo que le siguió, presenta un panorama liviano, aunque crítico, ante el fenómeno. Luego las bases iniciales no son tan terribles, y, aunque hablan del problema, superando el hipócrita silencio de un temor insano, y denuncian las desviaciones, nunca se vuelven coercitivas o represivas. La tradición es una voluntad firme de comprensión del problema. Los primeros siglos medievales que Boswell analiza en la tercera parte de este libro, con tres capítulos igualmente (pp. 169-243), se refiere al mundo de la Alta Edad Media, el primero, la situación después del renacimiento urbano (cuyos móviles analiza con suma precisión, pp. 207 y ss.) y, finalmente, el desarrollo de la literatura «gay», o lo que el mismo llama con acierto el triunfo de Ganimedes (pues en la Edad Media, Ganimedes era un representante tan típico de la homosexualidad que un prelado con esa inclinación podía ser ridiculizado como «ganimedior Ganimedes»). Este capítulo, el noveno del libro, es un momento crucial de toda la investigación. Boswell subraya con énfasis como entre 1050-1150, y ligado al llamado, por Haskins y otros, el «renacimiento del siglo XII», se va madurando un pensamiento, que al recuperar directamente los autores clásicos, da entrada abiertamente al tema de la homoxexualidad, denunciando al mismo tiempos algunos indicios del poder por destruir esta actitud. El análisis de la «poesía de escuela», escrita en latín (hasta el mundo de los godos y los *Carmina Burana*) le conduce a enfrentarse con el tema aunque, anticipadamente, advierte que «the causes of this efflorescence of gay culture remain partly mysterious» (p. 243) Pero en esas obras, y en especial en la célebre *altercatio Ganimedes et Helene*, Boswell reconoce el verdadero triunfo de una literatura «gay». En efecto, en ese delicioso «diálogo» Helena defiende el amor natural que Ganimedes siente por el otro, al margen de lo absolutamente natural para las normas de su sociedad. La literatura sitúa en este momento al amor en el plano del juego: *Ludus hic quem ludimus/A diis est inventus/Et ab optimatibus/Usque adhuc retentus* («Los dioses inventaron el juego que jugamos/y lo han preferido hasta nuestros días/los hombres de elevada posición»). Contraponiendo lo otro, la heterosexualidad como un simple ensamble de actos instintivos. La bella poesía termina así: *Rustici, qui pecudes/Possunt apellari/Hi cum mulieribus/Debent inquinari* («Que los palurdos del campo/no mejores que sus ganados/forniquen con sus mujeres»). El amor se disocia de lo instintivo y del simple tactismo para convertirse en un juego que se juega. ¿Pero acaso entre otras cosas este juego no es un símbolo de la homosexualidad? Boswell lo cree abiertamente: «the word «ludus» («game») also seems to have acquired a specialized meaning in certain circles: its use in oblique or punning references to homosexuality in many different literary context suggests that it was widely used with specifically gay connotations» (p. 253).

Pero esta tolerante «metamorfosis» tuvo una vida breve. El sueño acabó muy pronto. ¿Cuándo? ¿Hacia 1150 o hacia 1180? El autor no se pronuncia. Pero el desastre de ese mundo «naturalista» que rozó con lo insólito, y alcanzó, en las primeras novelas en verso, su expresión más acabada (que Boswell rehusa analizar, para no salirse del estricto campo de la tradición latina) va apagándose lentamente en la séptima década del siglo XII, para, en un giro brusco (que situamos hacia 1182) comenzar la auténtica intolerancia. Boswell avanza en este camino con una afirmación que es aún necesaria: «Most of the attitudes of fanaticism and intolerance which are today thought of as characteristically medieval were in fact common only to the later Middle Ages» (p. 269). En efecto, una ola de intolerancia se desarrolló a finales del siglo XII y comienzos del siglo XIII. Una pesadilla. La pregunta necesaria también aquí es ¿por qué fueron reprimidos los homosexuales? John Boswell con acierto amplía el problema a todos los marginados sociales, culturales e ideológicos de la época. No fue tan sólo un deseo de intolerancia con el sexo entre los hombres, sino una negación de todo aquello que estuviese al margen de las normas que la Iglesia denominó «naturales». Un brusco cambio que afectó a la estructura misma de la cultura y la historia. Tiene que ver naturalmente con el gótico y la escolástica, bajo cuyos auspicios llenos de sombras y resquemor se desarrolló todo el discurso de exclusión de la sexualidad «heterodoxa» ¿No se pensó que la homosexualidad era casi un atributo de los pueblos «infieles», de esos musulmanes de la Península Ibérica que había que doblegar necesariamente y cuya vida era depravada y promiscua? La represión mental fue profunda: ha llegado hasta nuestros días, y se mantiene incluso por encima de los criterios benevolentes (débiles dicen quienes lo combaten desde la intransigencia) de ciertas instituciones o legislaciones. El abuso del poder comenzó sombríamente por entonces (no es producto del «oscurantismo medieval», sino del «oscurantismo de la época moderna»), que indujo a desplazar a todos los hombres «no integrados», y a despreciarlos. La homosexualidad, dice Boswell, corrió la misma suerte que los judíos, los moriscos, las brujas, etc. Atroces persecuciones no sólo contra los cuerpos, sino también contra las almas. Paralelamente, una sexualidad enfermiza se representa en los márgenes ocultos de los manuscritos, elaborados en el silencio de los monasterios y las abadías (el libro recoge algunos ejemplos admirables). Zoofilia, castración por morduras, etc. Son algunas de esas imágenes patológicas emanadas de la represión del gótico y lo que le siguió.

La hipótesis inicial de este importante libro se confirma: la represión de la sexualidad conduce a una intolerancia con las formas «no naturales» y evidentemente al inmenso mundo de lo «gay» se situará fuera del necanismo del poder instaurado por la Iglesia. La sexualidad como simple vehículo de la reproducción. No es posible nada más dentro del or-

den «natural». ¿Puede haber reproducción de un contacto íntimo, sexual claro está, entre dos hombres? La respuesta era que no. El discurso funcionó a la perfección. La canalla del lumpen-pequeño-burgués, instalada en las ciudades (ricos hombres, ministeriales de los reyes, mercaderes adinerados, *pedes pulverosi* enriquecidos con la usura, etc.) puso cerco a todas las formas culturales, sociales o morales ajenas a su miope sistema de valores. La prohibición violenta, reglamentada y codificada, la represión atroz, los procesos inquisitoriales, un régimen de terror que condujo, entre los otros marginados sociales, a todos los homosexuales a los márgenes de la sociedad.

¿Pero está fundada la teoría de la «antinatural» relación? La ideología arrastró, como siempre hace, a los intelectuales a ponerse a su servicio. Un modo, como cualquier otro, de ascender fácilmente. Un cambio intelectual (al que Boswell dedica todo el capítulo onceavo de su libro, pp. 303-333) permitió a estos tenebrosos pensamientos introducirse por la vía legal en el cuerpo social. El análisis de lo que era verdadera relación, conforme a la naturaleza y las leyes divinas, condujo entre otros a Alain de Lille a decir lo siguiente: «*peccatum contra naturam est quando extra locum ad hoc deputatum funditur semen*» (cit. Boswell, p. 311). Conclusiones precipitadas: lo sabemos bien. Pero necesarias para la ideología del buen matrimonio que la Iglesia impuso desde entonces y la moral sexual que le siguió. Pero resulta irónico que estos religiosos que prohibieron (y prohíben, ¿por qué no decir las cosas como son?) la actividad sexual excepto con propósitos de procreación, lo hagan basándose en la «ley natural». Un esfuerzo inútil, y como dice Edward O. Wilson «mal orientado en etología comparada, pues se basa en el incorrecto supuesto que en la reproducción, el hombre es esencialmente igual que los otros animales», cuando, sabemos perfectamente, aunque esto sirva de cons ternación a estos religiosos, que en la mujer el estro se ha reducido a un vestigio de lo que es en el resto de los mamíferos superiores.

Este libro de Boswell ha de ser leído por los medievalistas, ¿cabe alguna duda?. Sus análisis permiten avanzar numerosas conclusiones, algunas importantísimas, pero el autor, con modestia y cautela, las reduce en la tradición universitaria a dos páginas (333-4), y siempre a base de observaciones que ya ha realizado. Dice así, a modo de justificación «Beyond these modest conclusions and the facts which support them, little can be asserted with confidence. The social topography of medieval Europe is so unexplored that the writer on this subject cannot hope to avoid leading his readers down many wrong paths or, occasionally, coming to a dead end. His comfort must subsist in the belief that he has at least posted landmarks there were none before and opened the trails on which others will reach destinations far beyond his own furthest advances».

Una sola crítica voy a hacer a este bello libro: no se muy bien por qué

John Boswell se ha reducido a la percepción de la homosexualidad masculina, que es la heredera abiertamente del mundo romano y tiene cabida en la tradición literaria latina (pues el libro nada dice de las mujeres y de esa tendencia a viajar imaginariamente a la isla de Lesbos). ¿Cuáles son las dificultades para hablar también en este tema tan «prohibido» como el de la homosexualidad, sobre las mujeres? ¿Por qué no nos está permitido saber como se amaban ellas entre sí, en el silencio de sus monasterios, o en los gineceos a los que el control y el dominio de los señores les obligaba a permanecer? ¿Qué se sabe de ese amor entre ellas? ¿Cómo se amaron entre sí las princesas? ¿Lo hicieron alguna vez? ¿Cuáles son los indicios documentales? Probablemente esa es tarea de otro libro, aún por hacer.

J.E. Ruiz-Doménec

Penelope D. JOHNSON, *Prayer, Patronage and Power. The Abbey of la Trinité, Vendôme, 1032-1187*, New York University Press, New York and London, 1981. 213 pp.

Los grandes linajes feudales construyeron abadías como necrópolis y lugares de asentamiento de sus antepasados fallecidos. Alrededor de esos túmulos, que en el siglo XIV se adornaron con hermosas esculturas yacentes, se desarrollaron liturgias funerarias cada vez más complejas e interesantes. Los monjes cluniacenses instituyeron a mediados del siglo XI (en la actualidad se piensa con razón que entre 1024-1033) la conmemoración de los Difuntos el 2 de Noviembre y se puso en contacto con la Fiesta de Todos los Santos. Las edificaciones comienzan a partir de entonces. Las donaciones piadosas de los grandes señores seculares hicieron el milagro de levantar en la Cristiandad un «manto blanco de Iglesias», según la metafórica expresión, ya célebre, de Raul Glaber. Todo lo que ocurre *post mortem* alcanza verdadero significado en esta cultura, ritualista y dominada en lo espiritual por el mundo monástico.

Estas consideraciones (que tiene gran tradición en los estudios anglosajones, debido a los trabajos, entre otros, del gran historiador R.W. Southern) forman el telón de fondo de la tesis doctoral de la profesora Penelope D. Johnson que ahora llega a nosotros en forma de un bello libro.

Se trata de un trabajo de gran interés. A partir de una reflexión micro-